

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

VICTOR HUGO Y SU ESCUELA LITERARIA:

*Artículo reproducido del Semanario pintoresco español de Madrid
del 14 de junio de 1840 (*)*

La historia de la literatura y de las artes, así como la de los estados y de los imperios, no es para el atento observador sino la historia de las reacciones. Los extravíos de una época ó escuela hallan siempre su origen en los abusos de la antecedente; y la opinion y la razon humana parecen condena-

(*) Publicóse allí por primera vez, medio año antes que en *La Palma*, precedido de esta advertencia: «No podemos menos de recomendar á nuestros lectores el siguiente artículo que debemos á la amistad de su autor, D. José María Quadrado vecino de Palma de *Época II.—Tomo II.—N.º 13.—15 Julio 1885.*»

das, como el péndulo, á oscilar de un extremo á otro, sin poderse fijar jamas en su aplomo y verdadero centro. Nadie en verdad sufre los efectos de esta fluctuacion, que revela mas que cosa alguna lo limitado de nuestro entendimiento y lo apasionado de sus fallos, como aquellos genios á quienes sus hechos ó escritos han procurado un nombre durante su vida, sujetos, además de las eternas variaciones del espíritu ó de la opinion, al embate y choque de las pasiones y

Mallorca, el cual con una crítica imparcial y juiciosa ha llegado á nuestro modo de ver á señalar los justos límites en que deben contenerse las encontradas calificaciones que los diversos partidos literarios se han nuevamente prodigado.»

Lo que á la historia de la literatura interesa no es la advertencia en sí, sinó que se debiera á la pluma del distinguido é inolvidable D. Ramon de Mesonero Romanos, cuyo pseudónimo de *Curioso Parlante* ocupa todavía en España el primer rango entre los escritores de costumbres, nada sospechoso por caracter ni por sistema de propender al extremo romanticismo que con tanto gracejo fustigó, y sin embargo dispuesto á aceptar el criterio de un inexperto jóven provinciano que desde tan lejos se permitía dar su fallo sobre los bandos á la sazón militantes, mas favorable que adverso á Victor Hugo. En confirmacion de lo cual, y cumpliendo, algo tarde por cierto, con un deber de gratitud, que en ocasion menos oportuna pudiera interpretarse por vanidad, insertaré la benévola carta que en 28 abril de dicho año me escribía aquel literato insigne, uno de los que más contribuyó á alentar los primeros pasos de mi carrera: «La lectura del artículo, decía, me ha sorprendido, pues encuentro en él desenvueltas mis propias ideas en el asunto, y hecho esto con tal tino y discrecion, que desde luego me han hecho formar de V. un concepto muy aventajado. Sin duda á su instruccion y buen gusto reúne V. una extremada modestia, cuando pone solo al pié las iniciales de su nombre; pero me ha de permitir que cuando se verifique la insercion de su bello artículo en el Semanario, haga estampar al pié su nombre íntegro, pues ciertamente es un trabajo que le hace honor. —Yo no sé si V. me conocerá por alguno de mis trabajos literarios, pero mi extremada aficion á estas cosas me hace estar en relacion con todas las personas ilustradas y trabajar por puro gusto y con total independendencia. Pero cada vez que descubro un hombre de mérito, desde luego me cuento entre sus apasionados. Desde hoy etc.»

partidos; y mucho mas en una época en que es viejo lo de ayer, y en que la tierra y cuanto nos rodea parece girar sobre sí con tanta velocidad, que en pocos años vemos empezado y concluido el círculo, durante cuyo período diez generaciones antiguamente se sucedían. Tal se nos presenta Victor Hugo, gefe de la moderna escuela de literatura, ayer adorado como un dios, y hoy condenado sin defensa por nuestros literatos; ayer leon triunfante que estremecía las selvas con su rujido, y hoy conculcado en el polvo, aguardando solo la cox del asno para espirar.

Cinco años ha que nuestra aletargada poesía, mudos ó envejecidos sus mas gloriosos alumnos, pero asaz abundante en versos casi siempre ménos que medianos para seguir con sus lisonjas, esclava de la política, el impulso de las circunstancias, último período á que llegar puede la literatura en su decrepitud, despertó por primera vez al nombre y á la voz de Victor Hugo; ora sea que la fama de este hombre, entónces mas que nunca pujante, no pudiese por más tiempo dejar de salvar los Pirineos, ora que varios literatos, vueltos ya de su emigracion, quisiesen ensayar en su patria lo que con tanto crédito y alabanza habían visto acogido en Paris. (1) Al principio solo hubo silencio para admirar profundamente, y voz para aplaudir; secóse en aquel punto la abundante vena de los poetas, y sus liras enmudecieron, porque desde aquel día ya no hubo *liras* ni *Parnaso*. Hablábase mucho entónces con énfasis y enigmas de la mision

(1) Los dramas *La Conjuracion de Venecia* y *Aben Humeya* del señor Martinez de la Rosa, y *D. Álvaro* del señor duque de Rivas, los primeros que adoptaron, á nuestro juicio, las modernas formas, fueron escritos por sus autores en pais extranjero. Hasta el año 1834 no aparecieron en Madrid las obras de Victor Hugo.

social de la poesía y de su emancipacion, de la necesidad de destronar los ídolos de la veneracion antigua, y de la nueva regeneracion que el mundo aguardaba, y de la cual Victor Hugo debía ser el Mesías. Poco despues los admiradores quisieron ser autores á su vez, y lo hiperbólico y monstruoso de sus producciones correspondió por lo comun á lo exagerado de sus principios. Por fin todos los secretos de la nueva escuela, con el nombre de *romanticismo*, pasaron de sus primeros adeptos al vulgo de los poetas, y de estos al vulgo de los lectores; y ¡ay de las obras y escuelas literarias, cuyos misterios vulgarizándose se profanan, cuyos ocultos resortes inoportunamente se descubren como la mano del maquinista en los espectáculos, y en las que la gente de mundo y la turba de aficionados se encargan de representar el papel de protagonistas! Participando en su voga del espléndido triunfo de una moda reinante, sufre á poco la ridiculez y el desprecio que acompaña á una moda anticuada; y como á moda se la juzga siempre extremadamente y por capricho, y no con la imparcialidad y razon eterna que debe presidir en el juicio de las obras literarias.

Si por los esfuerzos de algun individuo, y no por el órden y naturaleza misma de las cosas, hubiésemos de explicar la reaccion que al presente notamos, á nadie mejor que al señor Lista, al filósofo religioso, al decano, permítansenos el decirlo, de nuestra literatura, atribuyéramos la caida de esta moda, á cuya sombra el mal gusto y la inmoralidad empezaban á cundir temiblemente. Sus artículos literarios, publicados en diversos periódicos, en los que tan noble y victoriosamente se defendía la causa de la razon, han dado márgen á las sensatas observaciones que hemos visto despues casi generalmente reproducidas; la séria refle-

xion ha concluido lo que la sátira empezó; y actualmente, en teoría aloménos, andan proscritos aquellos excesos, que eran poco hace el encanto de las imaginaciones. Pero como si hubiese prohibido Victor Hugo los abortos todos de algunos cérebros febriles, sobre él ha recaído principalmente toda la hiel y violencia de la reaccion; se le ha designado como gefe de un club de jacobinos literarios, y como padre de una escuela *infernal* y desorganizadora; y no han aparecido desde algun tiempo acá sepulcrales coplas, romances del feudalismo, y escenas de veneno ó puñal, de que no se le haya hecho responsable. Triste condicion de los genios inventores, la de ver invadido el camino que abrieron por una turba de secuaces, que desacreditan con sus abusos al mismo que adulan servilmente con su imitacion, plantas rastreras y parásitas que socavan el edificio al cual se arriaman! pero injusticia tambien manifiesta de la crítica la de no juzgar de un género por sus originales y obras maestras, sino por miserables copias y ridículas parodias! Cuando tanto se ensalza á Calderon, no se cuentan ciertamente las embrolladas farsas y las absurdas licencias de los que le siguieron en el camino que con tanta gloria recorrió.

Acaso estas observaciones serán ya inoportunas y desdeñadas, porque para muchos el romanticismo de Victor Hugo en literatura es una cosa tan rancia y juzgada como el pacto social de Rousseau en política, y el materialismo de Destutt-Tracy en filosofía; y esta palabra *rancia* es la censura mas amarga, y la sentencia de muerte para cualquier objeto en este siglo de novedades. Pero la analogía que se ha creido descubrir entre los principios disolventes y anárquicos del siglo XVIII con la anárquica literatura del XIX, entre los horrores de los jacobinos y los horrores de los románticos,

es á nuestro ver mas ingeniosa que exacta, porque nosotros no podemos atribuir á las bellas letras tan profunda y grave intencion en sus concepciones, ni tanto poder en su influjo para realizarla y cumplir el objeto de sus tendencias. Permítasenos con esta ocasion examinar en general esta idea de *tendencia*, palabra que en su genuino sentido equivale á *direccion ácia un objeto remoto*, y que en su acostumbrada aplicacion se toma por el *espíritu é intencion presente con que se obra*: impropiedad extraña, como lo fuera el llamar tendencia ácia una enfermedad á los síntomas que la manifiestan.

Como quiera que sea, esta palabra es una de las predilectas en la época actual, y con razon, porque en ella nos parece ver grabado uno de sus principales caracteres, á saber, la espectacion y la inquietud. Este siglo en efecto, siempre temiendo ó esperando, cree todo verlo *tender* ácia un fin determinado, y presta á las cosas el color é importancia que les dan sus esperanzas ó temores, como el enfermo de aprension que cuenta los latidos de su pulso, atento siempre á la menor mudanza, ó como aquel pueblo que en su profunda abyeccion veia en cada profeta levantarse su Mesías. Así que en cada nota diplomática cree ver transformada la Europa y borrados los límites de los imperios; en cada máquina que se invente cree asegurarse el dominio de la naturaleza; en cada sistema que se formule cree haber conquistado el dominio de la verdad. El mismo achaque se ha pegado á la literatura: ya no se pregunta solo al poeta, como antiguamente, si sus versos son armoniosos, su fábula interesante, sus caracteres bien sostenidos; procúrase adivinar ademas su pensamiento dominante, la filosofía de sus ideas, y los principios ó sentimientos que se propone acreditar;

nuevo método de juicios de mas empeño y dificultad que el antiguo, pero tambien de mas provecho y dignidad, cuya perfeccion exige grandes deberes de parte del crítico como de la del literato, y que entrambos han aceptado con placer, aunque tal vez con temeridad, aquel por el mayor lucimiento y gravedad que presta á su siempre árido oficio, este por el instinto natural con que apetece el hombre se le atribuya en cualquier objeto una profunda intencion. Si la nueva crítica pues ha descubierto verdades y relaciones importantes, ha inducido tambien en errores é inexactitudes, que los mismos por ella juzgados se han guardado de desvanecer, hablando ellos los primeros de sus tendencias sociales, y dándose por consagrados al culto de una idea, cuando lo estaban al de la gloria exclusivamente, única deidad á la que los literatos comunmente sacrifican. Confesamos en verdad que no podemos comprender al mismo Victor Hugo ni dejar de sonreirnos, cuando en sus prólogos nos habla de una mision que cumplir, y de un edificio que levantar, del cual solo debe juzgarse en su conjunto. Cuando, terminado el drama ó la novela, ha agitado deliciosamente el corazon en encontrados sentimientos, y ha dejado indeleble sello en la imaginacion, para nosotros su mision está ya cumplida, y su edificio levantado.

Imagínese cualquiera qué campo habrán abierto las obras de tal autor tan nuevas en su fondo, en sus formas, y hasta en el fin misterioso que él mismo les atribuye, á esta mezcla de recuerdos, conjeturas, comparaciones, y sentencias que en el día se llama crítica literaria; cómo se habrá querido encontrar la esplicacion y espíritu de ellas en el sangriento trastorno de 1792, ó en la popular insurreccion de 1830; cómo se las habrá mirado como un catecismo de impreca-

ciones contra los reyes y los sacerdotes; cómo aquellos horrores y muertes de teatro se habrán comparado con los sangrientos espectáculos del circo, que encruelecen á un mismo tiempo y corrompen á las naciones; cómo á la voz de inmoralidad ó desenfreno literario cada cual pronuncie en sus adentros el nombre de Victor Hugo. Pero ya que tan en parte entran los hechos y carácter de cada autor en el juicio de sus obras, ya que la crítica y la biografía son por ahora inseparables, no comprendemos por de pronto porqué sea demagogo y terrorista el hijo del general Hugo, el jóven pensionado de Luis XVIII por un título el mas honroso para él mismo y para el monarca (1), el célebre escritor en cuya casa cuelgan los dones de los príncipes reales que le visitaron (2). É ignoramos ademas como por esos críticos tan severos se nos proponga como modelo el demócrata y fogoso Delavigne, y se ensalcen hasta las nubes los cantos republicanos del lírico Beranger.

No ménos grave y general es la acusacion de inmoralidad que contra Victor Hugo se dirige. La inmoralidad puede estar en la esencia de una obra, cuando el crimen se ve en ella patrocinado y defendido; ó bien en sus formas

(1) Victor Hugo escribía á la madre de un amigo suyo comprometido en una conspiracion, ofreciendo á su hijo un asilo: soy muy realista, decía, para que se piense en venir á buscarle á mi cuarto. Luis XVIII, á cuyas manos llegó esta carta, exclamó: conozco á ese jóven; obedece en esto á las inspiraciones de su honor. Y concedió á Victor Hugo una pension, que el poeta atribuyó al éxito de sus odas reciénmente publicadas.

(2) En 1836 nuestro autor encontró un día de vuelta á su casa un magnífico cuadro, dón del Príncipe de Orleans y de su augusta esposa, que en su ausencia le habían honrado con una visita, y en cuyo marco se leía esta inscripcion: El Duque y la Duquesa de Orleans á Victor Hugo.

accidentalmente, cuando se pinta el vicio mismo, que no se recomienda ó tal vez se reprende, con colores harto vivaces y halagüeños á la humana debilidad. De la primera culpa encontramos inocente á Victor Hugo: de la segunda apenas encontramos quien esté exento. Pocos en efecto son los escritores, románticos ó clásicos, idólatras ó cristianos, que no hayan hecho aparecer, ó bien en el fondo de sus cuadros, ó bien á un lado y como apartada, alguna figura voluptuosa, alguna escena en que el crimen hiera los ojos rodeado de una auréola de encantos. Pero si los ojos deben cerrarse alguna vez en tal cual pormenor de los cuadros de Victor Hugo, el alma puede contemplarlos en su conjunto sin que descienda á ella la corrupcion, defensa que no nos atreviéramos á estender á otros que se hacen pasar como de su escuela, á los de Soulié y de Jorge Sand por ejemplo, porque *Lelia* y las *Memorias del Diablo* son de aquellos libros que enrojecen la frente, y que son un crimen en la mano de una doncella.

La mas célebre de las obras de Victor Hugo, así por su mérito como por su concepcion original, es *Nuestra Señora de Paris*, pintura amarga, y á vuelta de algunas inexactitudes históricas verdadera, de unos tiempos que desgraciadamente no calumnia; libro singular en que un edificio es realmente el protagonista, y que semejante á este edificio cuyo nombre toma y cuyas gigantescas formas anima, se presenta imponente y sencillo en su conjunto, y prolijo y variado en sus adornos; obra ménos del arte que del capricho en que todos los géneros se confunden; mole aérea y sombría que pesa sobre el alma y á un tiempo la sublima, en cuyos cuadros y relieves se adivinan enigmas terribles, cuyas figuras y personajes, deformes en su mayor parte y

mutilados como las estatuas de aquel templo, no repugnan á la vista en su deformidad, sinó que la atraen y fascinan con encanto misterioso. La virtud, ó mas bien la debilidad y candor, es allí presa del fuerte; pero la perversidad, ó mejor, las pasiones llevan en sí mismas una terrible expiacion; porque ¿quién quisiera ser Claudio Frollo? Á veces el corazon aterrado con el rugido de las pasiones, y con toda la miseria de la humanidad, y con toda la pompa de los suplicios, reposa en emociones harto puras y deliciosas, y encuentra lágrimas de ternura que derramar. ¡Qué candoroso es aquel amor á Febo de la Esmeralda! qué heróico el de Cuasimodo á la Gitana! Ignoramos si *Nuestra Señora de Paris* será un libro que no se lea de aquí á veinte años, como afirma un célebre literato, el único quizás á quien se podía perdonar lo aventurado de la profecía; (*) pero creemos que el que lo lea una vez con algo de ardor en el alma y de poesía en la imaginacion, no borrará de ella miéntras viva aquellos caracteres de fuego.

¿Y quién olvidará el *Último día de un reo de muerte*, monólogo admirable de un hombre solo y de una sola idea; en el que se ven los síntomas de la agonía del alma, con

(*) Y sin embargo, el literato aludido, que no es otro que el venerable Lista, estaba mas en lo cierto que el entusiasta autor de este artículo, el cual en este pasaje no desmiente sus 20 años. Aparte de la prohibicion eclesiástica que pesa sobre *Nuestra Señora de Paris*, y que si no fué posterior á la fecha en que yo escribía, me era desconocida absolutamente, este libro, no obstante el sello que lleva de originalidad y si se quiere de *genio*, apenas es ya leído por los admiradores mas constantes de Victor Hugo. Á mí no se me ha borrado de la imaginacion, y recuerdo de él lo bastante para afirmar, que si hubiese hoy de juzgarlo, no lo haría tan favorablemente bajo el aspecto histórico, ni moral, ni literario. (Esta nota, como la del principio del artículo y las demás marcadas con asterisco en vez de número, se han puesto ahora en la presente reproduccion.)

mas certidumbre que los vé el médico en el rostro del moribundo; páginas terribles por las cuales una y otra vez giran los ojos, como la mariposa al rededor del fuego, por mas que sepan que han de dejar en el corazon largo peso de dolor y de amargura? Gran fondo de sensibilidad y compasion ácia la humanidad doliente, largas vigiliass pasadas en la consideracion de sus miserias, arguye en su escritor esta obra, á la cual no dudáramos atribuir grandes efectos morales, si fuésemos fáciles en concederlos á las obras de imaginacion.

Pero no es extraño que tales frutos produjera en la época de su vigor y lozanía quien á los 16 años se había anunciado con su Bug Jargal, (1) y á los 18 con Han de Islandia; quien en la edad en que apenas se conoce á las personas y los campos que nos rodean, había sabido respirar así el aire abrasado de las Antillas como el helado de la Noruega, estudiar en alas de su imaginacion los hombres y la naturaleza de ambos climas, y crear en sus dos protagonistas dos caracteres grandes y bellos en su exageracion, el uno de generosidad, el otro de deformidad y de horror. La trama en Bug Jargal es sencilla, unida, regular en sus dimensiones y bellezas, y toda, por decirlo así, de un color; en Han de Islandia es ya mas vasta, rica, variadísima, y causa admiracion como una mano tan jóven pudiese reunir y manejar todos sus hilos, y combinar tan acertadamente sus colores. Mas en todas se vé al niño que aprende á andar por un nuevo camino que él mismo se ha abierto, siempre se halla á Victor Hugo con su naturaleza viviente y animada, con

(1) Bug Jargal fué escrito en 18 dias. Esto no es en sí una alabanza, pero lo es y grande para los que han visto la obra.

su colorido oriental, con sus contrastes de grotesco y de terrible, y con su profundidad y engrandecimiento de caracteres y pasiones. Al fin de la traducción española de Bug Jargal encontramos una nota singular, en que sin duda para neutralizar el efecto de algunos sarcasmos del autor contra la revolución, se anuncia que el joven *realista* se ha transformado en republicano. Ignoramos si la gran conmoción de 1830, que ha causado vértigo á tantos talentos y hecho naufragar tantas creencias, habrá arrebatado también á Victor Hugo: pero creemos que hay en aquella noticia no poca exageración, y que no fuera la primera vez que la revolución se ha proclamado madre de hijos que no engendró, y cubierto con grandes nombres que no le pertenecen. (*)

Y ciertamente que el que avezado á mirar en nuestro autor el jefe de la anarquía, ateísmo ó inmoralidad, que corroe la literatura actual, abriera sus obras líricas, soliloquios del alma y explosiones del corazón en que mejor que en otra producción cualquiera puede estudiarse el carácter de un escritor, enmudeciera pasmado al no ver en ellas sinó cantos á los monarcas y á los Borbones que acompañan todas las lágrimas ó glorias de la real familia, proféticos anatemas á la revolución y apoteosis de sus víctimas, humildes y cristianas adoraciones, recuerdos tiernos é infantiles, escenas de doméstica felicidad. Nada de exageración en

(*) No era muy conocida en 1840 la actitud política de Victor Hugo, ni creemos que la acentuara sinó despues de la caída de Luis Felipe, ó mas bien, despues del golpe de estado de Luis Napoleon. Este aparte relativo á las dos novelas de su adolescencia, y el siguiente acerca de las *Baladas y Orientales*, no vieron la luz en el *Semanario pintoresco*, sinó mas tarde en *La Palma*: en el intermedio de las dos ediciones conocí las mencionadas obras, en cuyo juicio me afirmo aun hoy día, y con mas elogio si cabe respecto de las *Orientales*.

sus quejas, nada de amargura en su tristeza sostenida por la resignacion. Confesaremos sin embargo que en la poesía del alma y del corazon, á pesar de sus grandiosas imágenes y tiernos sentimientos, ha quedado inferior á Lamartine; y que la principal gloria de Victor Hugo debe buscarse en sus *Baladas y Orientales*, en que su imaginacion, como una águila gigantesca tendida sobre el Levante una de sus inmensas alas y otra sobre el Occidente, vive á la vez de la vida del árabe y de la del caballero de los siglos medios. No sabemos si jamas se han admirado reunidas imágenes tan graciosas y aéreas, ó sombrías y aterradoras, como en sus *Orientales*, si se ha interrogado nunca mejor á la época y á la naturaleza, y si ningun labio europeo ha adivinado de tal modo el acento de la poesía de los místicos sacerdotes del Asia, del árabe errante con su tienda, ó del poeta favorito de los califas, paseándonos por el Oriente desde que la nube vengadora vomitó su fuego sobre Sodoma y Gomorra, hasta la última terrible lucha de los griegos con sus tiranos, que participa á un tiempo de la desesperacion de Espártaco y del heroismo de Milcíades.

Menor alabanza, aunque fama no menor, obtiene como dramático, porque la exageracion de los caracteres y la inverosimilitud de la trama aparecen en las tablas mas visibles y chocantes; aunque en nuestro concepto por lo general está léjos de merecer las amargas acusaciones que bajo otro aspecto se le dirigen. Solo dos vicios consideramos peligrosos sobre el teatro, la lubricidad y la irreligion; porque el pudor y la piedad son hermanos, y basta á veces una palabra para empañar su pureza y esplendor. Acerca de lo primero, sobrado libre ha andado nuestro autor en algunas escenas, y en esto no le excusamos; en lo segundo, si no

brilla la religion como alma de sus invenciones, tampoco corre en ellas el riesgo de verse ofendida ó profanada. Por lo demas, sáquese á luz enhorabuena la ambicion, la venganza, el parricidio con toda su ferocidad y sangre fría, multiplíquense los horrores y los puñales á cada escena, corra la sangre hasta los espectadores: el drama podrá ser muy malo literariamente hablando, pero no moralmente; merecerá silvidos, pero no abominacion. Y mucho ménos que un fin inmoral atribuyéramos un fin anti-monárquico á los dramas de Victor Hugo, porque en él aparezcan algunos príncipes manchados de sangre, ó encenegados en vergonzosos placeres. Tiempo atrás Shakespeare había ya concebido su *Ricardo III*, y su *Atreo Crebillon*; y desde la infancia del teatro el papel de *tirano* llegó á hacerse proverbial. Ademas aquellos hechos, personajes y costumbres tan apartadas de las nuestras, no pueden excitar mas que recuerdos de un siglo ya difunto, ni ejercer en los ánimos el poder terrible de los dramas políticos de la última mitad del siglo XVIII, en que solemnemente y en abstracto se vertían aquellos axiomas disolventes, aquellas declamaciones tribunicias, que recogía con entusiasmo un auditorio medio corrompido. (*) Y si estas reflexiones no se toman en consideracion ¿quién acusará á Victor Hugo de haber hecho de nuestro Cárlos I un mozo atolondrado en los primeros actos del *Hernani*, y de Francisco I un seductor en *El Rey se divierte*, que vea y aplauda á los reyes de Calderon y de Lope de Vega ir escalando de noche los balcones, y penetrar aun en las alcobas nupciales?

(*) Pase esto como defensa relativa de la escuela dramática de Victor Hugo, que defensa absoluta es imposible hacerla.

Creemos haber sido bastante explícitos hasta ahora para que nadie injustamente nos suponga defensores de este cúmulo de absurdos morales y literarios, que no sabemos porqué ha de llamarse *romanticismo*, ni aun ciegos sectarios del autor que, sin saber tampoco porqué, es llamado su jefe, y de quien hasta aquí nos hemos ocupado; pero quisiéramos que se le juzgase, no vaga y declamatoriamente, sinó con respeto é imparcialidad, segun el espíritu, las bellezas y los defectos de sus obras, como se juzga á Byron y á Goethe, al lado de cuyas cenizas aguarda un lugar á las de Victor Hugo: quisiéramos que, dejando la crítica de ser hipócrita, no asquearan tanto los horribles dramas del autor francés, los que aplaudían el *D. Álvaro ó la fuerza del sino*, y se extasiaban ante el *Rey monje* ó ante *Cárlos II el hechizado*: quisiéramos que guardaran nuestros literatos, sinó mayor veneracion, mayor gratitud al ménos, con aquel que abrió en su corazon tantas fuentes de poesía, á quien deben tantos castillos almenados, tantas góticas catedrales, tantas pálidas y aéreas hermosuras, y cuyo yugo sin querer y quizá sin saberlo pesa todavía sobre su imaginacion. (*) Sin embargo en esta reaccion, aunque laudable en su origen, injusta y apasionada en sus extremos, nosotros descubriéramos un bien todavía, si nuestra literatura, sustrayéndose á favor de ella á todo influjo tiránico que la dominara, quisiera ser de una

(*) Alúdese á la reaccion obrada por aquel tiempo en los círculos literarios de Madrid, en que se trató seriamente de constituir la *literatura*, ni mas ni menos que la política, *del justo medio* entre románticos y clásicos, y que D. Alberto Lista en multitud de artículos, publicados en *El Tiempo* de Cádiz y reproducidos en *La Gaceta* de Madrid, trató de dirigir con sensatez, no exenta tal vez de apasionamiento, al estudio y restauracion de nuestro teatro nacional del siglo XVII.

vez espontánea; si hubieran desaparecido esos vulgares poetas que siempre se cobijan á la sombra de un gran nombre; y si enmudeciera el coro de imitadores, para que nuestros jóvenes pudieran seguir los vuelos de su propio genio, y escuchar en el silencio las inspiraciones de su corazón. Pero en los elogios desmesurados que á nuestros cómicos antiguos y á Calderon en especial se prodigan, y en las formas y asuntos prestados de sus obras que nuevamente prevalecen, se descubre la pretension de sustituir á la llamada escuela de Victor Hugo otra escuela, que no por española es ménos ajena de nuestras costumbres y pasiones, ni circunscribe ménos el círculo abierto á la imaginacion. Y cuando vemos que no se destrona un ídolo sin que otro se levante sobre sus ruinas; que los poetas no abandonan un camino sin abalanzarse á otro de tropel como rebaño; que á las grandes pasiones, á los envenenamientos, á las mugeres angélicas y á las meditaciones sepulcrales, van á suceder los grandes enredos, los duelos nocturnos, las damas tapadas y los conceptos sutiles; nos saltan á la memoria, y de allí á la lengua aquellas palabras del moro Farax en el Aben Humeya: Ya buskais otro yugo! *Encore un maitre!*

Cuando llegue á la posteridad, (porque llegará sin duda) el nombre de Victor Hugo, se dudará que en cinco años haya sido sucesivamente reputado como Mesías regenerador del mundo y de la poesía, y como Anticristo de la literatura, aparecido en dias de sangre y de decadencia para anunciarle su ruina; se burlarán de tan ridícula apoteosis, (*) y de decla-

(*) ¿Quién me había de decir que casi al medio siglo había de reproducirse la absurda apoteosis, y no ya por motivos literarios, sinó políticos ó mas bien anti-religiosos?

macion tan furibunda; y no se comprenderá esta especie de maniqueismo literario del día, segun el que se atribuye al poeta francés cuanto hay de malo y deforme, y cuanto de bueno y perfecto existe se hace proceder de Calderon. La posteridad á quien pasarán las obras de entrambos, y cuyo juicio afortunadamente por este motivo no podrá prevenirse, juzgándolas por sus defectos y bellezas dirá: que Victor Hugo fué de una imaginacion vivísima y que á veces por exaltada puede parecer delirante; de harta tendencia á lo tétrico y horrible, aunque no escéptico ni sardónico en su melancolía; en la animacion de los seres insensibles, y relaciones del hombre con la naturaleza, sin par ni semejante; gran conocedor del corazon humano, especialmente en las grandes luchas y grandes afectos; en las situaciones mas feliz que en la invencion de caracteres, ó en la disposicion y trama de la accion; en los sentimientos casi siempre asombrosamente natural, en la expresion de ellos inimitable. (*) Y de Calderon dirá, que fué de invencion brillante y rica, uniforme en la accion y personajes, pero variadísima en los incidentes; representante cual ninguno de las pasiones y costumbres de su siglo, aunque poco cuidadoso y exacto en la pintura de los demas; solícito mas bien en traer suspensa la imaginacion con maravillosos enredos y complicaciones, que en conmover el corazon con el lenguaje de los afectos; descolorido y monótono generalmente en los caracteres, mas

(*) En mi juicio sobre Victor Hugo bastante tuviera que modificar, aun refiriéndome meramente á las obras publicadas á la sazón y por mí conocidas: no así en el que emito sobre Calderon, en el cual todavía me atrevo á insistir, observando con placer que de cada día estoy menos solo en discrepar de los ditirambos, de procedencia quizá mas alemana que española, que se le tributan.

por negligencia que por falta de habilidad; en sus pensamientos agudo y original, algunas veces filosófico, y raras tierno ó sublime; en la expresion harto amenudo hinchado y conceptista. Entónces ni Calderon ocupará el altar á que ha subido desde el polvo en que los preceptistas le sepultaron, ni Victor Hugo yacerá en el polvo en que cayó desde aquel altar con mas rápida vicisitud: sinó que entrambos ocuparán su lugar entre los genios de cada siglo; y sus idólatras y detractores no ocuparán ninguno, porque no tendrán nombre en la posteridad.—J. Q.

Cuarenta y cinco años, despues que escribí el precedente artículo, ha vivido todavía Victor Hugo, que contaba entonces 38: los ha vivido demás... para su gloria literaria. Su decadencia ha sido prolongada y gradual como la del imperio de Oriente, que no duró menos de diez siglos. Para valerme de una gráfica expresion francesa, *il a outré sa manière*; lo ha exagerado todo, el espíritu, los procedimientos, el estilo de sus obras; y conforme ha ido entrando en años, se han acentuado sus rasgos prominentes hasta convertir su semblante en caricatura. Equivocando mas á menudo de cada vez lo grandioso con lo gigantesco, lo magnífico con lo ampuloso, lo sublime con lo absurdo, acabaron por abandonarle casi el buen gusto y hasta el buen sentido, que nunca estuvieron á la altura de su genio.

No es mi propósito examinar aquí sus escritos posteriores al 1840, ni compararlos con los de su época primera: solo

he querido consignar mediante la reproduccion de mi añejo juicio la notoria inferioridad de los de la segunda y el extravío así moral como literario que se ha marcado en ellos progresivamente. Admirador, aunque no ciego, fuí de Victor Hugo, y no me arrepiento de haberlo sido mientras pude, y hasta de haberle defendido de la nota de malas tendencias que ya entonces se le achacaban, aun á costa de que se me tilde acaso de juvenil imprevision; mas exenta queda así mi censura de sospecha de parcialidad ó apasionamiento, si concediendo mi tributo de lágrimas á su memoria, deploro, no tanto la pérdida de una vida caída tiempo hace en la decrepitud, como la anticipada y casi simultánea extincion de su fé y de su genio. Entonces, no ahora, le perdió la Francia, le perdió la humanidad. El astro, desceñido ya de los rayos de su disco, no era mas que un opaco globo; ni siquiera reflejaba ya como los planetas la luz del eterno sol.

Hay talentos que no por apartarse de la verdad pierden sin embargo su natural esplendor: acostumbrados desde el principio á combatirla y girando fuera de su órbita, no es á aquella á quien deben su nombradía, y conservan las dotes que se la merecieron, la erudicion, la diligencia de las investigaciones, la gracia del estilo, como vemos en Juan Jacobo Rousseau, en Littré, en Renan etc. No sucede así ordinariamente con los apóstatas, á quienes por crimen de ingratitud suelen confiscárseles los dones concedidos para tan distinto uso, y cuyas armas se les embotan al volverlas contra el seno que les cobijó. Apelo á la buena fé de los actuales encomiadores del difunto: ¿qué no dijeran de su ídolo, si hubiese seguido una marcha inversa, es decir, si principiando por ofrecer á la revolucion y á la impiedad sus mas precoces glorias y mas espléndidas concepciones, hubie-

ra concluido por consagrar á una chocha devocion los degenerados frutos de su inteligencia? Dirían que la religion embrutece, que el fanatismo hace delirar; y quizá los católicos avergonzados pediríamos al recién convertido que diese treguas á su pluma. Quédense pues, si es que son mas contentadizos, con el Victor Hugo de hoy, y déjennos el de ayer, si no afiliado á nuestra bandera, por lo menos no hostil ni conjurado contra ella.

El orgullo no rebaja solamente en el concepto ageno, sino en sí propias las facultades; pero al degenerar en fatuidad sin disfraz, sin retentiva, entrega al escarnio el nombre mas ilustre. He aquí entre los escritores franceses el tercer caso de *egolatría*, el tercer Narciso que muere neciamente enamorado de sí mismo: Chateaubriand, Lamartine, Victor Hugo, los tres por picarse de publicistas... ¿qué digo publicistas? de moderadores sociales, de árbitros de reyes y de pueblos, de legisladores y *videntes* de la humanidad! Pero á los dos primeros sería injusticia compararlos con el último, de títulos mas controvertibles y de pretensiones mas exorbitantes. Victor Hugo por sus manifiestos clerófobos, por sus exhibiciones populacheras, no tenía paralelo sino con Garibaldi; mucho hubo de bajar para igualarse con quien jamás había subido. Y esta comparacion, que se interpretará como sangrienta, no ha de pesar á quienes unen á entrambos en una misma admiracion y en una misma apoteosis, nivelando en el grotesco espectáculo de parecidos funerales, como para graduar la presente altura de dos grandes pueblos, á la Francia madre de tan insignes escritores, y á la Italia madre de tan famosos caudillos.

LA RECEPCIÓN DE ZORRILLA

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

El 31 de Mayo tuvo lugar la recepción de D. José Zorrilla en la Real Academia Española. Dióse al acto inusitado realce y esplendor, para obsequiar dignamente al más popular y más famoso poeta de nuestro tiempo, al insigne cantor de la España tradicional y caballeresca. El Paraninfo de la Universidad central, escogido adrede, en vez del acostumbrado salón de recepciones de la calle de Valverde, era harto reducido para contener la numerosa al par que selecta concurrencia. La Iglesia, el Estado, la ciencia, las letras, las artes, la agricultura, la industria, el comercio, la alta banca, la política, todas las gerarquías sociales é intelectuales de la nación tuvieron allí su adecuada y legítima representación, bajo la presidencia del Soberano. Hizo versar Zorrilla su discurso sobre el tema: *Humíllate y serás ensalzado*, trazando un resúmen de su vida literaria, en romance castellano endecasílabo; singular y donosa ocurrencia, aunque natural, por lo excéntrica, al indómito poeta. Aparte de ser desigual el estilo en no pocos pasajes, abundan expresiones valientes y enérgicas, ricas y esplendorosas imágenes. No podemos resistir al deseo de transcribir los siguientes con-

ceptos, en que fija Zorrilla la significación y altísima trascendencia del verso en la poesía:

«¿...los versos no son la poesía?
No: pero son su vestidura regia:
son de su gerarquía el atributo,
la pedrería son de su diadema,
de su manto real son los armiños:
la poesía por el verso es Reina.

La versificación es la cuadriga
de corzas blancas en que va á las fiestas,
la góndola de nácar en que boga
y las alas de cisne con que vuela.
El verso es noble y de divino origen;
de los dioses no más habla la lengua;
bebe con ellos néctar y ambrosía,
calza coturno y desparrama esencias.
Sólo en las Academias y Liceos,
Ateneos y Templos habló en Grecia,
y en Roma con Horacio y con Virgilio
bebió Falerno y conversó con César.»

Niega tan excelsas prerogativas al verso envilecido y degradado, que hoy pulula por do quier, y prosigue:

«El verso que anda á pié, que coge barros,
fuma, se embriaga y riñe en las plazuelas,
no es el hijo de Apolo y de las Musas,
es un rufián de raza gitanesca;
y llamar al lenguaje tabernario
de sus ramplonas coplas chachareras
y obscenos chascarrillos poesía,
y á sus engendros bárbaros poemas
es poner manto real al barrendero,
al mochuelo tomar por oropéndola,
tomar por tulipán á la amapola
y los huesos de dátiles por perlas:
es á su real cuadriga enganchar asnos
para acarrear á los establos yerba,
en su concha poner huevos de rana
y sus alas de cisne á la corneja.»

Cupo la honra de contestar á Zorrilla, en nombre de la Academia, al Excmo. Sr. Marqués de Valmar, en quien el

brillo de la estirpe, con ser de tanta prez y valía, nada significa ante el glorioso renombre de que goza, por ser uno de los mas afanosos y perseverantes cultivadores de la lengua y de las letras españolas en nuestro siglo. ¿Quién no ha leído y estudiado, con gran aprovechamiento, el *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, antepuesto por el Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, que tal es el nombre del egregio prócer, á la muy copiosa colección de *Líricos* de dicho período en la *Biblioteca de Rivadeneyra*, consiguiendo inmarcesible lauro de sagaz y eruditísimo historiador? ¿Quién no ha admirado las singulares dotes de prosista correcto, elegante y castizo, que lucen á maravilla en sus *Discursos de entrada en las Reales Academias de la Lengua y de Nobles Artes de San Fernando*, trazando magistralmente en el primero la fisonomía literaria de su ilustre antecesor *D. Manuel José Quintana*, y disertando con gran acierto en el segundo sobre el *realismo y el idealismo en las artes*? ¿Quién no ha saboreado, con verdadera fruición estética, los áureos trabajos, también de índole académica, el uno, *necrológico literario*, en elogio de su hermano político el Duque de Rivas; y el otro, acerca de la *Fraternidad de los idiomas y de las letras de Portugal y de Castilla*, leído en la sesión de la Academia Española, á que asistió el Emperador del Brasil?

Nuevo y fehaciente testimonio del saber y prodigiosas dotes de estilo del Marqués de Valmar, tenemos en el erudito, profundo, crítico y elegante discurso de contestación á Zorrilla. Empieza el Sr. de Cueto haciendo constar la satisfacción que tiene «de ver entretegidos ahora los lauros populares que, desde los albores de la juventud, ciñeron la frente de Zorrilla, con los codiciados lauros académicos...» y de

haber llegado «á los últimos confines de la vida, sin que nube alguna haya venido á turbar *su* amistad, nacida, há cerca de medio siglo, en el lumbroso y literario hogar de *sus* hermanos los Duques de Rivas, donde, cuanto era ingenioso, brillante, juvenil y anti-clásico, hallaba acogida, afecto y entusiasmo.» No leve sacrificio es para él hacer uso de un idioma distinto del de su ahijado; pero que arrostra gustoso en aras de su gloria (se entiende, de Zorrilla), y por obedecer los mandatos de la Real Academia. «Él emplea la magia del ritmo y el encanto de la armonía, dice el Sr. de Cueto, él habla la lengua de los dioses; yo tengo que descender de ese cielo de imágenes y de poéticos primores al rastrero campo del crítico, donde llana y humilde tiene que caminar la prosa, sin fastuosas galas, sin seductores atavíos.» «Cosa insólita y extraña parecerá á algunos el haber adoptado la forma métrica, sin embargo, no es nueva é inaudita, en actos académicos. En los últimos años del reinado de Felipe V, el P. M. Fr. Juan de la Concepción, carmelita descalzo, varón de vasto saber, igualmente aventajado en la cátedra y en el púlpito, del cual dice Álvarez y Baena que mereció el nombre que se le daba de *Mónstruo de sabiduría y elocuencia*, (*) empleó la poesía en la *Oración panegírica y gratulatoria*, que leyó en Junta celebrada el 10 de Marzo de 1744, al tomar posesión de su plaza de Académico.» «Y no es necesario acudir á época tan lejana. El original creador de las *Doloras* concibió un día el singular pensamiento de escribir en verso la *necrología* de un ilustre estadista y Académico, el Sr. D. Luis González Brabo.»

Defiende con sin igual viveza y donosura el Sr. de Cueto

(*) *Hijos de Madrid.*

á la Real Academia de los rutinarios cargos que se le dirigen por escritores románticos, mal avenidos contra todo aquello que, en la realidad ó en la apariencia, representa un poder cualquiera que enfrena en lo mas mínimo, siquiera sea para su propio bien, el vuelo de la mente; refiere luego el origen y vicisitudes históricas del *Don Juan Tenorio*, del insigne fraile mercedario Fr. Gabriel Téllez, conocido en la república de las letras bajo el pseudónimo de Tirso de Molina, y de las imitaciones que ha tenido dentro y fuera de España. Magistral capítulo de historia literaria ha escrito el señor Marqués de Valmar en esta parte, la mas culminante del discurso. Indaga, después, cual sea la clave para descifrar la inmensa popularidad de Zorrilla, y la descubre en la abundancia exuberante de su fantasía, y la fuerza genuina y poderosa del sentimiento nacional.

«Ese es, en todas partes, el transparente secreto de las literaturas populares, dice el Sr. de Cueto. El poeta castellano cautivó en seguida la atención y la simpatía de la nación entera, porque el pueblo, sin darse cuenta de los primores y atildamientos literarios, sintió intuitivamente, que aquellos versos eran reflejo de su altiva y aventurera fantasía, fiel imagen de sus excelencias y de sus defectos.» «El pueblo en estas cosas no se engaña jamás: reconoce instintivamente la castiza progenie de sus tradicionales recuerdos, y ve gozoso su propia imagen en los personajes de Zorrilla.» Con emitir algunas discretísimas observaciones acerca del carácter de la poesía lírica y narrativa del nuevo Académico, en quien reconoce precioso don de narrar con abundancia, gala y lozanía, y lo que es aún de valor mas subido, con verdadero interés dramático, terminó su cometido el Marqués de Valmar con unánime aplauso de sus oyentes.—JOSÉ I. VALENTÍ.

PLUJA D' ABRIL

Á una amiga.

I

¡Oh Natura enamorada
com tornas á refluí'!...
Santa pluja n' es baxada
per fer brostar ton jardí.

II

En rius d' aigua renouera,
devalla fusa la neu:
ja corre ab nova esponera
la sanch per dins lo cor meu.

III

Amiga, la bona amiga
obri á la llum lo balcó,
que l'ánima se deslliga
cansada de sa presó.

IV

Deixa ta crenxa amollada
perqu' el vent hi juch festiu:
¡com refresca s' alenada
les plomes del nostre niu!

V

Ha plogut: es nova vida,
de la bresca raja mel:
la terra está tota ungida
per la rosada del cel.

VI

Surt y veurás enjoyada
la natura ab nous encants,
ab sa verda cobertada,
ab son mantell de brillants.

VII

Surt y veurás orgullosos
les flors, ab gentil esment,
com netejan aigoloses
sos calçers d' or y d' argent.

VIII

Unes deixen ses despulles,
mals recorts del temporal,
y nodrexen noves fulles
ab la llecor celestial.

IX

Altres, demunt la tanyada
miran el sol ab delit,
com de l'eyma remuntada
lo pensament més ardit.

X

Esclata el seu pom la rosa
d'aroma y colors encés,
just la boca d'una esposa
que recull lo primer bés.

XI

Y el clavell que l'encativa
de ses amors tot content,
s'enllesteix de porpra viva
vermella com sanch ixent.

XII

¡Oh pluja d'Abril, xalesta,
que reverdexes los cors!
¡Oh festa, sagrada festa
dels esperits y les flors!

XIII

Plora la natura tota
del gotx inmens d'estimar:
en cada fulla, una gota
si mira llagrimejar.

XIV

Primavera es arribada
perseguint el temps boirós:
ja té l'ánfora trencada
del seu perfum sanitós.

XV

Y la flaira de les comes
embalsama el puig altiu,
y de ses matexes plomes
los aucells se fan el niu,

XVI

y s' sent natura guanyada
d'un puríssim tremolor
y ab una inmensa calrada
tot remunta sa color!

XVII

ENDREÇA

Á gosar la primavera
te convit, reyna del cor:
n'ets jermana vertadera
tú que tens l'ánima en flor.

M. S. OLIVER.

BRINDIS

(Traducción de una CANZONETTA de Giuseppe Parini)

Vuelan los días rápidos
de la existencia mía;
por la pendiente impía
derrúmbase la edad.

Las bellas ¡ay! que al ímprobo
mentir han lengua presta,
sólo me dicen esta
insólita verdad.

Con sus miradas lánguidas,
con su semblante caro,
me dicen hartos claro:
—¡Ya,... piérdenos la fe!

Y huyen de mí con jóvenes
apuestos y galantes,
y muestran insinuantes
el ojo, el dedo, el pié...

Qué hacer? Debo con lágrimas
bañar hosco entrecejo?
No: con mejor consejo
ahuyentaré el dolor.

Si ya de mirtos fúlgidos
cojí mi parte en Gnido,
¿qué impórtame si ha ido
con otros el Amor?

Vuelvan su espalda cándida,
vuélvamela las bellas;
no porque me huyan ellas
he de perder mi prez.

Vuelva Amistad, y Baco
con nuevas dichas torne.
¡Abajo el mirto! Adorne
la yedra mi vejez.

¡Oh cuerda de mi cítara
que con mi fe contrastas!;
para el amor no bastas;
tu canto quede atrás.

Hoy el cantar alégrame
con ínclitos amigos
de mi ambición testigos,
bebiendo un vaso más.

Infiel, Venus, extínguese
como las flores ledas;
pero tú, Lieo, quedas
con perdurable acción.

De Amor tras la edad férvida
conviene se prescinda;
hoy la Amistad me brinda
estable y firme unión.

Las bellas que alejáronse
con presuroso paso,
vendrán pidiendo un vaso
con dulce sonreír.

Nosotros ¡oh tiernísimos
amigos! con las bellas
¿qué hacer?; beber con ellas,
beber hasta morir.

J. L. ESTELRICH.

OCCHI NERI

(Dalle PRIMICIAS de J. L. Estelrich)

Che hai ne gli occhi neri,
nei grandi occhi sereni,
che se guardano fieri
lampeggiano baleni?
Quali ne gli occhi celi
pugne e procelle? Quali
cupidigie riveli
e deliri fatali?

Coñmove l' uragano
l' onde selvagge, e i suoni
vanno per l' oceano
ruggendo le canzoni

En esmeradísima edición, que se ha servido remitirnos nuestro compañero D. J. L. Estelrich, hemos recibido la traducción de una poesía que figura en el tomo *Primicias*; hecha la traducción que transcribimos por el vate y crítico reggiano profesor Signor Naborre Campanini, á quien agradecemos el interés que se toma por nuestra literatura, así como felicitamos á nuestro amigo el Sr. Estelrich por la atención de que ha sido objeto.

del suo possente imperio;
vanno: e ciascuna insieme
prega con desiderio
o maledice e freme.

Nei moti eterni insani
che dàn bataglia al cuore
io cerco gli uragani
d' un infinito amore,
d' un amore che a l' alma
ansie e bataglie doni,
o sospirosa calma
e languidi abbandoni.

Tu hai ne gli occhi neri,
nei grandi occhi lucenti,
de le procelle i fieri
non domiti tormenti;
hai ne gli occhi profondi
la passioni infinita,
nei bruni occhi nascondi
tutto; l' amor la vita.

N. CAMPANINI.

MISCELÁNEA

Nuestro queridísimo amigo D. Antonio Rubió y Lluch ha dado últimamente en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona dos conferencias sobre el tema: «Invasión del ducado catalán de Atenas por los navarros y conquista de éstos en la Morea en el siglo XIV.» Para que nuestros lectores tengan noticia de la importancia del último trabajo de nuestro apreciable compañero, transcribimos á continuación las líneas suscritas por D. Francisco de Bofarull, secretario accidental de la mencionada Real Academia, que publican los periódicos de Barcelona.

«.....Empezó (el Sr. Rubió) por ocuparse en el origen de las bandas navarras que pasaron á Grecia en dicha época, y lo halló en la historia del infante D. Luis de Evreux, hermano de Carlos el Malo, Rey de Navarra, quien á consecuencia de su matrimonio con Juana de Sicilia, duquesa de Durazo y Reina de Albania, tuvo que reivindicar del poder de los albaneses los nuevos Estados que ésta le aportaba en dote. Llevó consigo el infante D. Luis á Nápoles, habitual residencia de la duquesa, crecido número de navarros y gascones, muchos de ellos escogidos de entre la nobleza del reino, y pasó con ellos á la Albania, donde murió en 1376 al querer conquistar sus nuevos Estados. Esplicó

luego el Sr. Rubió y Lluch cómo los navarros que en 1380 se habían apoderado de Corfou, vinieron á servir, viéndose privados de su jefe natural, á las órdenes del pretendiente Jaime de Baux, que trataba de apoderarse de la parte de la Morea, que como á príncipe de la Acaya le correspondía, y cómo los navarros pasaron de esta suerte de la Albania á la Morea y á la Grecia central é invadieron los dominios de los catalanes en aquellas regiones. Entró al llegar á este punto en algunas consideraciones acerca del estado de los ducados de Atenas y Neopatria en 1380, al presentarse en ellos los navarros. Expuso cómo pasaron de la dominación siciliana á la de Pedro IV y sus límites, al realizarse este cambio. Dijo que comprendían la más rica parte de la Tesalia, la Lócrida, la Fócida, la Beocia y el Ática, y habló determinadamente de sus ciudades más importantes, como Atenas, Tebas, Neopatria, Salona y Lebadia. Presentó un cuadro de la jerarquía feudal de los ducados y de sus feudos más importantes, á saber, el condado de Salona, el de Demetriades, el marquesado de Bodonitza, etc., etc., de su organización política y administrativa, de su división eclesiástica con el número de diócesis y archidiócesis, de su forma de gobierno y por último enumeró las familias nobles catalanas y aragonesas más importantes avecindadas en aquellas regiones. Por la extensión de su trabajo, el señor Rubió y Lluch tuvo que suspender su lectura en este punto, manifestando que continuaría la historia de la invasión navarra en los ducados de Atenas y de Neopatria y en la Morea, en la próxima sesión.»

En la segunda conferencia el Sr. Rubió, «dividió la segunda parte de su trabajo en dos capítulos. En el primero habló de las conquistas de los navarros en el Ática y la

Beocia, facilitadas por la rebelión de muchas ciudades al gobierno de Pedro IV de Aragón, y por las continuas defeciones de los partidarios de D.^a María de Sicilia; de la toma de Atenas, de la de Tebas y de la heroica resistencia de la Lebadia, cuyos habitantes destruyeron sus casas y todo cuanto poseían antes de abandonar la ciudad, y emigraron en gran número al Negroponto; de la defensa tenaz de la Acrópolis de Atenas, que no pudo ser tomada por los navarros, y manifestó cómo, gracias á ella, tuvieron que abandonar éstos aquella ciudad y las más de sus conquistas en la Beocia, á los cuatro meses de la invasión. Dijo que los condes aragoneses de Salona y de Demetriades, éste último con sus albaneses, ayudaron á los habitantes del ducado en su reconquista. Trató tambien de las importantes reuniones celebradas en Atenas en 20 de mayo de 1380, y en Salona en 31 del mismo mes y año, en las que los representantes de las universidades de los ducados acordaron el pleito homenaje y los capítulos que debían presentar al Rey don Pedro IV, y que éste aprobó el 1.^o de setiembre de 1380. Detúvose en explicar las gracias y mercedes concedidas por el Rey á sus súbditos catalanes y griegos que se habían distinguido en la defensa, y las confiscaciones de bienes de rebeldes. Habló de la admiración que la Acrópolis despertaba, á la que consideraban los catalanes como la más rica joya del mundo, según un documento de la época, y como en vista de su valor el Rey les concedió una guarnición permanente para su custodia. Hizo notar el Sr. Rubió y Lluch lo castizo y elegante del catalán de los capítulos de que se ha hecho referencia, y escritos en Atenas y en Salona más de setenta años después de la conquista de los ducados y el uso constante que de su lengua hicieron los catalanes

en todos sus actos públicos, sirviéndose de ella como de idioma oficial.

En el segundo capítulo de su extenso trabajo, habló el Sr. Rubió y Lluch de las conquistas de los navarros en la Morea, y particularmente en la Acaya y Mesenia, donde fundaron el *Castrum navarrinum*, el Navarrino de nuestros días. Expuso el estado de la Morea en aquella época, los servicios de los navarros á las órdenes de Jaime de Baux, de Amadeo de Saboya, de Carlos III y Ladislao, Reyes de Nápoles, y de los Zaccharias, pretendientes ó príncipes de aquella región, sus alianzas con los catalanes de Atenas, sus guerras con el primer duque italiano de ésta Nerio I, cómo cayó prisionero éste en su poder, y por último la ruina de la dominación navarra ante las acometidas de los turcos y de los bizantinos. Acompañó el Sr. Rubió la lectura de su trabajo con las copias de documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón.

En vista de la importancia histórica de esta monografía, la Academia acordó su impresión para que formara parte del tomo 4.º de sus Memorias.»

Reciba nuestro docto y afectísimo compañero la enhorabuena más completa por su trabajo, y por la distinción con que lo honra la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona.

Por iniciativa de la comisión del Museo Arqueológico de la Sociedad Económica de Santiago, se prepara en dicha ciudad una Exposición de Artes decorativas.

Se acaba de encontrar en Weimar entre los manuscritos que forman parte de la sucesión del sobrino de Gœthe, un diario del ilustre poeta, escrito todo entero por su propia mano, y que, comenzado en 1777, termina con su muerte.

El sapientísimo Pontífice León XIII ha escrito recientemente una carta notabilísima al Emmo. Sr. Cardenal Lucilio María Parocchi, vicario general de Roma, recomendándole que proteja eficazmente los estudios literarios, y establezca, al efecto, cátedras de Literatura griega, latina é italiana para la mayor instrucción del clero.

Segun dice un curioso y paciente escritor, la Sagrada Biblia tiene 1,350 capítulos, 31,173 versículos, 773,692 palabras y 3.566,480 letras.

El abad Reichard, célebre hidro-geólogo, que ha prestado tan importantes servicios á los pueblos belgas, procurándoles ricas fuentes de agua cristalina, ha encontrado digno sucesor en el abad Cauderán. Este sábio distinguido, á quien el abate Reichard ha legado su secreto, ha sido llamado desde Montlieu á Roma por el Papa mismo, para que, por su parte, el sábio profesor dote á Carpinetto, cuna de la familia de los Pecci, de una fuente de agua pura y abundante.

Hemos leído con singular placer que la orden religiosa de PP. Agustinos calzados, de las misiones de Filipinas, se hará cargo del real monasterio, seminario y colegio de San Lorenzo del Escorial.

Celebraremos que la noticia se confirme, persuadidos de que no podía darse disposición más acertada para el lustre y esplendor de la enseñanza en aquel centro escolar, por ser la orden de S. Agustín una de las más doctas y literarias en España, aserto que tuvo la honra de probar el MUSEO BALEAR en otra ocasión, con motivo de dar á conocer á sus lectores un libro del P. Muñoz.

Acaba de publicarse elegantemente impresa la obra del eminente jurisconsulto D. León Galindo y de Vera, premiada por la Real Academia de la Historia, y cuyo título es: *Historia, vicisitudes y política tradicional de España, respecto de sus posesiones en las costas de África.*

Contiene esta obra datos curiosísimos, y hasta hoy desconocidos, sobre los Reyes D. Fernando el Católico y Carlos V, y muy particularmente, sobre cuanto se refiere á la grandiosa epopeya de la conquista de Orán, Túnez y la malograda expedición contra Argel.

El decano que fué de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, y catedrático de Literatura clásica griega y latina, D. Jacinto Diaz y Sicart, acaba de ingresar en el Monasterio de Montserrat, trocando la toga y borla de doctor por la cogulla y hábito benedictino.